

YANGSZE CHOO

EL TIGRE
NOCTURNO

Un mundo de señores y sirvientes, antiguas supersticiones y amores prohibidos

 Planeta

YANGSZE CHOO

EL TIGRE NOCTURNO

Traducción de Susana Olivares

 Planeta

Título original: *The Night Tiger*

© Yangsze Choo, 2019

© por la traducción, Susana Olivares, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23002-1

Depósito legal: B. 14.938-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1
KAMUNTING, MALASIA
Mayo de 1931

El viejo se está muriendo. Ren lo nota en la débil respiración, en el rostro hundido y en la delgada piel estirada sobre los pómulos. De todos modos, quiere que abra las contraventanas. Irritado, con un gesto le indica al chico que lo haga, y Ren, que siente como si tuviera una piedra atascada en la garganta, abre de par en par la ventana del segundo piso.

El exterior es como un brillante mar de color verde; las ondulantes copas de los árboles de la selva y el penetrante azul del cielo parecen sacados de algún sueño delirante. La intensidad de la luz tropical hace que Ren se estremezca. Se mueve para proteger con su sombra a su amo, pero el viejo lo detiene con otro gesto. La luz del sol enfatiza el temblor de su mano, desfigurada por el muñón del dedo que le falta. Ren recuerda que hasta hace apenas algunos meses esa mano seguía siendo capaz de calmar a los bebés y de suturar heridas.

El viejo abre los lechosos ojos azules, esos ojos extranjeros y carentes de color que tanto asustaban a Ren al principio, y musita algo. El chico acerca la cabeza rapada.

—Recuérdalo —murmura. El muchacho asiente—. Dilo. —El áspero susurro se está apagando.

—Cuando mueras, encontraré el dedo que te falta —responde Ren con voz clara y suave.

—¿Y?

Ren titubea un instante.

—Y lo enterraré en tu tumba.

—Bien. —El viejo aspira ruidosamente una bocanada de aire—. Debes recuperarlo antes de que pasen los cuarenta y nueve días de mi espíritu. —El chico ha hecho muchas tareas similares antes, siempre con rapidez y destreza. Así que también se hará cargo de esto, a pesar de las sacudidas que se apoderan de sus estrechos hombros—. No llores, Ren.

En momentos como éste, el chico aparenta menos años de los que tiene. El viejo lo lamenta; desearía poder hacerlo él mismo, pero está extenuado. En vez de consolar a Ren, vuelve el rostro hacia la pared.

IPOH, MALASIA
Miércoles, 3 de junio

El cuarenta y cuatro es un número de mal agüero para los chinos. Su pronunciación suena parecida a la de «muerto, bien muerto». A causa de ello, conviene evitar el número cuatro y cualquiera de sus variaciones. En ese funesto día de junio llevaba exactamente cuarenta y cuatro días en mi empleo secreto a media jornada en el salón de baile Flor de Mayo, de Ipoh.

Mi trabajo era un secreto porque ninguna chica respetable debía bailar con desconocidos, aunque nuestros servicios se publicitaban como si fuéramos «instructoras» de baile, algo que, en efecto, representábamos para la mayoría de nuestros clientes: oficinistas y colegiales nerviosos que compraban fajos de tickets para aprender a bailar el foxtrot, el vals o el *ronggeng*, ese encantador baile malasio. El resto de los hombres eran *buaya*, o cocodrilos, como nosotras los llamábamos. Hombres con sonrisas profusamente dentadas cuyas manos errantes sólo se detenían a fuerza de dolorosos pellizcos.

Jamás ganaría suficiente dinero si insistía en darles esos tremendos manotazos, pero esperaba no tener que seguir trabajando allí durante mucho más tiempo. Era un simple empleo para pagar el préstamo de cuarenta dólares malasios que mi madre había solicitado y que tenía unos intereses absurdamente elevados. En mi trabajo de día como aprendiz de costurera no me pagaban lo necesario para devolver esa cantidad, y mi madre, tan pobre e ilusa como siempre, no tenía posibilidad alguna

de conseguirla por sí misma; no era nada afortunada en los juegos de azar.

Si me hubiera dejado encargarme de las estadísticas, las cosas habrían salido mejor; soy buena para los números, aunque no puedo estar orgullosa de ello, pues es una habilidad que me sirve de bien poco. De haber nacido varón, las cosas habrían sido distintas, pero mi fascinación por calcular probabilidades a los siete años de edad no le fue útil a mi madre, que por aquel entonces acababa de enviudar. En medio del triste vacío que dejó la muerte de mi padre, pasé horas escribiendo a lápiz hileras de cifras sobre trozos de papel. Eran lógicas y ordenadas, a diferencia del caos en el que se hundió nuestro hogar. A pesar de ello, mi madre conservó aquella sonrisa dulce y superficial que la hacía parecer la diosa de la misericordia, aunque seguramente en su interior estuviese preocupada por qué cenaríamos esa noche. La amaba con vehemencia, pero ya hablaremos de eso más tarde.

Nada más contratarme, lo primero que el Ama, la dueña del salón de baile, me ordenó que hiciera fue que me cortara el cabello. Llevaba años dejándomelo crecer después de que mi hermanastro Shin me atormentara diciéndome que parecía un niño. Las dos largas trenzas, pulcramente atadas con cintas para el cabello como las que llevé todos los años que asistí a la Escuela Anglochina para Niñas, eran un dulce símbolo de feminidad. Creía que ocultaban una multitud de pecados, incluida la capacidad poco femenina de calcular tasas de interés casi sin pensarlo.

—No —me dijo—. Aquí no puedes trabajar así.

—Pero hay otras chicas con el pelo largo —le señalé.

—Sí, pero tú no.

Me mandó a una sala donde se sentaba una mujer inquietante que me cortó las trenzas. Cayeron con pesadez sobre mi

regazo, como si estuvieran vivas. Si Shin me viera, se moriría de la risa. Incliné la cabeza hacia delante mientras me las cortaba, mi nuca expuesta con una vulnerabilidad aterradora. La mujer me dejó un flequillo y, cuando alcé la mirada, me estaba sonriendo.

—Estás preciosa —afirmó—. Te pareces a Louise Brooks.

Y ¿quién demonios era Louise Brooks? Al parecer, se trataba de una estrella del cine mudo que había sido sumamente popular hacía algunos años. Me sonrojé. Era difícil acostumbrarse a la nueva moda en la que chicas poco femeninas y con pechos pequeños como yo de pronto podíamos ser populares. Claro que, al vivir en Malasia, en los confines más alejados del imperio, por desgracia las últimas tendencias tardaban en llegar. Las mujeres británicas que venían a Oriente se quejaban del retraso de entre seis y doce meses frente a la moda londinense. Por ello, era de esperar que la popularidad de los bailes de salón y el pelo corto por fin estuvieran llegando a Ipoh, a pesar de que llevaran bastante tiempo siendo vanguardia en otros lugares. Me acaricié la nuca rasurada y temí verme más masculina que nunca.

—Necesitas un nombre. Preferiblemente inglés. Te llamaremos Louise —dijo el Ama, moviendo su corpulento cuerpo con pericia.

De modo que fue encarnando a Louise como me encontré bailando un tango esa tarde de aquel 3 de junio. A pesar de las fluctuaciones de la bolsa de valores, la bulliciosa ciudad de Ipoh estaba inmersa en la avalancha de las nuevas construcciones financiadas por la riqueza que provenía de las exportaciones de estaño y caucho. Llovía; un aguacero inusual para esa hora de la tarde. El cielo se volvió del color del hierro, así que tuvieron que encender las luces aunque a la gerencia no le pareciera necesario. La lluvia retumbaba con estridencia en el tejado metálico, y

el director de la orquesta, un enjuto goanés con un bigote delgadísimo, hacía un gran esfuerzo por mitigar el ruido.

La popularidad de los bailes occidentales propició la aparición de infinidad de salones de baile públicos a las afueras de cada ciudad y pueblo. Algunos eran sitios realmente elegantes, como el recién construido Hotel Celestial, mientras que otros eran simples cobertizos expuestos a las brisas tropicales. A las bailarinas profesionales como yo nos resguardaban en una especie de corral, como si fuésemos gallinas o borregos. El corral era un espacio con sillas separado por una cinta. Allí se sentaban las muchachas más guapas, cada una con un adorno de papel numerado y sujeto al pecho. Los guardias de seguridad evitaban que cualquiera se nos acercara a menos que tuviera un ticket, aunque eso no impedía que algunos clientes lo intentaran.

Me sorprendió un poco que alguien me pidiera bailar un tango. No había logrado aprenderlo bien en la escuela de baile de la señorita Lim, donde, para consolarme cuando mi padrastro me obligó a abandonar la escuela, me enseñaron el vals y el foxtrot, que era un poco más atrevido. Pero no me enseñaron a bailar tango. Se consideraba impúdico, aunque todas habíamos visto ya, en blanco y negro, a Rodolfo Valentino bailándolo.

Cuando empecé a trabajar en el Flor de Mayo, mi amiga Hui dijo que sería buena idea que lo aprendiera.

—Pareces una chica moderna —comentó—. Seguramente, alguien te lo pedirá. —Mi queridísima Hui. Fue ella quien me enseñó a bailar tangos; nos recuerdo a las dos dando tumbos como si estuviéramos borrachas. De todos modos, lo hizo lo mejor que pudo—. Bueno, quizá nadie te pida que lo bailes —me dijo esperanzada después de que un movimiento brusco casi nos tirara a las dos al suelo.

Por supuesto, se equivocó. No tardé en descubrir que normalmente el tipo de hombre que pedía tangos era un *buaya*, y el de aquel aciago día cuarenta y cuatro no fue la excepción.

Me dijo que era comercial y que se especializaba en productos para escuelas y oficinas. De inmediato recordé el característico olor a cartón de mis cuadernos escolares. Adoraba la escuela, pero esa puerta ya me la habían cerrado. Lo único que me quedaba era la conversación insulsa y los pies pesados de aquel comercial, quien afirmaba que el sector de la papelería era un negocio sólido, aunque estaba totalmente seguro de que podría irle mejor.

—Tienes una piel muy suave. —Su alientoapestaba al abundante ajo del arroz con pollo estilo hainanés. Sin saber qué responder, me concentré en mis pobres pies aplastados. Yo estaba desesperada, porque parecía que el comercial creyera que el tango consistía en adoptar poses repentinas y dramáticas—. Antes vendía cosméticos —dijo, demasiado cerca de mi rostro otra vez—. Sé mucho acerca del cutis de las mujeres. —Me incliné hacia atrás para agrandar la distancia entre ambos. Al dar un giro, tiró de mí con tal fuerza que choqué contra él. Supuse que lo había hecho a propósito, pero movió la mano involuntariamente hacia el bolsillo, como si temiera que algo que guardaba allí pudiera caerse—. ¿Tú sabías que hay maneras de mantener a las mujeres jóvenes y bellas para siempre? —me preguntó sonriendo—. Con agujas.

—¿Agujas? —pregunté con verdadera curiosidad, a pesar de creer que era una de las frases menos seductoras que había oído jamás.

—En el oeste de Java hay mujeres que se encajan finísimas agujas de oro en el rostro. Hasta el fondo, hasta que dejan de verse. Es una especie de hechizo para evitar el envejecimiento. Conocí a una preciosa viuda que había enterrado a cinco maridos y que llevaba veinte agujas escondidas en la cara. Ella misma me contó que alguien tendría que quitárselas cuando muriera.

—¿Por qué?

—Porque el cuerpo debe volver a su estado natural en el momento de la muerte. Se le debe quitar cualquier cosa que se le

hubiera añadido, y se le debe devolver cualquier parte que hubiera perdido; de lo contrario, el alma no puede descansar en paz.

Fascinado por mi genuino asombro, me contó el resto de su viaje con todo lujo de detalles. A algunos clientes les gustaba hablar, mientras que otros, de manos sudorosas, sólo bailaban en silencio. En general, prefería a los parlanchines, ya que, al estar tan embebidos en su propio mundo, no se metían en el mío.

Si mi familia descubría que yo trabajaba aquí a media jornada, sería un desastre absoluto. Temblé al pensar en la cólera de mi padraastro y en las lágrimas de mi madre si se veía obligada a confesarle sus deudas fruto de jugar al mahjong. También pensaba en Shin, mi hermanastro. Como nacimos el mismo día, solían preguntarnos si éramos mellizos. Siempre había sido mi aliado o, al menos, lo era hasta hacía poco. Shin se fue después de obtener una plaza para estudiar en el Colegio de Medicina Rey Eduardo VII, en Singapur, donde admitían a los talentos locales para tratar de combatir la grave carencia de médicos en Malasia. Estaba orgullosa de él, porque se trataba de mi hermano y era muy inteligente; pero también sentía una profunda envidia, ya que, de los dos, yo siempre había obtenido mejores calificaciones en la escuela. Pero en realidad no tenía demasiado sentido pensar en qué pasaría si lo descubrían. Además, Shin ya ni siquiera respondía a mis cartas.

Mientras tanto, el comercial seguía hablando.

—¿Crees en la suerte?

—¿Por qué habría de hacerlo? —Intenté no poner ninguna mueca tras el enésimo pisotón.

—Deberías, porque voy a ser muy afortunado. —Tras esbozar otra enorme sonrisa, volvió a realizar un giro precipitado.

De reojo alcancé a ver la mirada furiosa que nos estaba echando el Ama. Estábamos montando una escena en la pista de baile, tropezando sin parar, y eso era pésimo para el negocio.

Apretando los dientes, me esforcé por mantener el equilibrio mientras el comercial me inclinaba peligrosamente. Sin rastro alguno de dignidad, nos balanceamos y estuvimos a punto de

caer. Agité los brazos y me aferré a su ropa. Él me agarró de las nalgas mientras acercaba la vista a mi escote. Le di un codazo, y la otra mano se me enganchó en su bolsillo. Algo pequeño y ligero rodó hasta mi mano justo cuando la iba a sacar. Parecía un cilindro. Dudé un instante, tratando de recuperar el aliento. Intenté devolver el objeto al interior del bolsillo; si el hombre se daba cuenta de que lo había cogido, podría acusarme de hurto. A algunos clientes les gustaba causar problemas de ese tipo; les daba un motivo para amenazar a las chicas.

El comercial me sonrió con descaro.

—¿Y tú cómo te llamas?

Confundida, le di mi nombre real, Ji Lin, en lugar de Louise. La situación empeoraba por momentos. En ese instante, la canción terminó y el tipo me soltó de forma repentina. Clavó la mirada en algo que se hallaba a mi espalda y, como si hubiera reconocido a alguien, se alejó alarmado.

Con tal de tratar de reparar el estropicio que había provocado el tango, la orquesta empezó a tocar *Yes, Sir, That's My Baby!* Diversas parejas corrieron hacia la pista de baile mientras yo regresaba a mi silla. El cilindro que guardaba en la palma de la mano me quemaba la piel. Seguramente el comercial volvería; todavía le quedaba un fajo entero de tickets por usar. Si le esperaba, podría devolverle lo que había cogido de su bolsillo fingiendo que se le había caído al suelo.

El aroma de la lluvia entró por las ventanas abiertas. Ansiosa, levanté la cinta que separaba las sillas de las bailarinas de la pista de baile, me senté y me alisé la falda.

Abrí la mano. Tal como había imaginado por el tacto, se trataba de un cilindro delgado hecho de vidrio. Un frasco para muestras, de apenas cinco centímetros de largo, con una tapa a rosca hecha de metal. Algo ligero rebotaba en su interior. Ahogué un grito: eran las dos falanges superiores de un dedo cercenado y seco.